llevarla al aula –al tamaño infinito del aula– allí donde el conocimiento se elabora y se lo vuelve apto para emprender otros procesos. La figura del sujeto profesor deja sus rastros en el manejo de las ideas claras y distintas que cartesianamente se difuminan en el libro, el cual, sospechamos –es tan sólo una conjetura justificada por algunos guiños y cierta insistencia en el estilo que apela al recurso retórico de la redundancia propio del discurso pedagógico que necesita repetir y machacar aquello que no queremos que se olvide– sospechamos que se ha tenido muy presentes a los alumnos en el momento de escribir este libro, pues de continuo aparece implícitamente configurado ese auditorio de estudiantes a la espera de la palabra del profesor, a la espera también de la ordenada exposición de la clase para que nada obstaculice la comprensión de su contenido. Señalo como hipótesis estas consideraciones porque puede leerse en el libro, entre líneas, una suerte de mutua regulación discursiva de una prosa que se interna en los tembladerales posmodernos de la teoría literaria y al mismo tiempo se sopesa de modo cartesiano, esto es, un estilo que no simula ninguna entidad imaginaria ni se vuelve críptico para aparentar profundidad y que, por esta misma razón, termina ganando diversos ámbitos a los que aúna con firmeza. Me estoy refiriendo, sobre todo, a una tradición en la que se inscribe el libro de Javier Morales Mena: la del crítico latinoamericano que comparte su actividad de escritura con la que se ejerce, simultáneamente, en las aulas universitarias. Tales vasos comunicantes se retroalimentan y,

sin ir más lejos, encuentran en la tradición de críticos peruanos un modelo a seguir, un modelo para armar.

Recordemos que visibilizar es, siempre, un acto político, entre otras razones porque asume el gesto de la reivindicación y cuando alguien decide reivindicar es porque ha habido un silenciamiento que no ha permitido reconocer un valor o, en último caso, un derecho: la literatura se constituye, además, jurídicamente, porque la última palabra de la literatura es por la justicia o mejor: por la injusticia reinante en el mundo. Morales Mena nos dice con este análisis tan riguroso como frutivo que el ensayo es cosa seria en la historia social de América Latina y es en esta dimensión del discurso latinoamericano en la que se inserta, con justicia, el consistente estudio que faltaba escribir sobre la ensayística de Mario Vargas Llosa.

Enrique Foffani

Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional
de La Plata/ CONICET

Javier Morales Mena. *La representación de la literatura en la ensayística de Mario Vargas Llosa*. Buenos Aires: Ediciones Katakay, 2019. 172 pp.

Este libro viene auspiciado por el crítico literario inglés Gerald Martin, el biógrafo oficial de Mario Vargas Llosa, que en la contratapa lo califica como “un libro notable”.

El profesor Morales Mena argumenta que la crítica literaria no ha dedicado suficientes estudios a los ensayos literarios de Mario Vargas Llosa, género que el novelista peruano

no-español practica desde los inicios de su carrera. Según Morales, la explicación de este hecho estaría en que la crítica literaria ha asumido “acríticamente”, y siguiendo las viejas lecturas de Ángel Rama y de José Miguel Oviedo en los años 70 y 80, que los ensayos de Vargas Llosa no tienen “valor epistemológico”. Para el académico peruano, la crítica que sigue estas ideas es una crítica ideológica y ha llegado el momento de desideologizarla siguiendo los avances de los estudios teóricos sobre la literatura actuales. Para esto propone una lectura acorde con la última teoría literaria del siglo XXI. En esta nueva lectura las ideas sobre literatura propuestas por Vargas Llosa en sus ensayos literarios serían comparables a las teorías sobre el hecho literario planteadas en las dos últimas décadas por los teóricos Terry Eagleton, Derek Attridge, Jacques Rancière, John Carey, y Tzvetan Todorov, entre otros.

Dada la estructura del libro sería útil resumir capítulo por capítulo las ideas centrales de cada uno de ellos. El libro tiene una introducción corta y tres capítulos.

El capítulo 1, “La recepción crítica de los ensayos de Mario Vargas Llosa (1972-2015)”, el más extenso de los tres, está dedicado a explicar en detalle la recepción de la crítica literaria de los dos primeros ensayos más extensos de Vargas Llosa, y de donde, según Morales, proviene toda la crítica negativa que ha influido en las lecturas posteriores de éstos y del resto de sus ensayos. Se dedica bastante espacio a revivir la recepción crítica que tuvo el libro de Vargas Llosa *García Márquez: historia de un deicidio* (1971),

especialmente a la polémica que el autor tuvo con el crítico uruguayo Ángel Rama sobre esta obra. Según Morales, Rama desprecia el libro al denominarlo “ensayo” porque no tenía, o no le daba el valor de una crítica literaria científica acorde con los tiempos, calificándola de una crítica anticuada y romántica por las ideas que proponía Vargas Llosa y por la metodología utilizada por el autor de *La casa verde*. De aquí Morales deduce su primera tesis del “vacío epistemológico”, que él sitúa cronológicamente en 1972. Para la segunda tesis, la de la “autorrepresentación” o “autorreferencialidad”, que sitúa en 1982, se basará en el libro de José Miguel Oviedo *Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad* (1982). Oviedo, en una sección de su libro dedicada al ensayo de Vargas Llosa sobre García Márquez y al más reciente *La orgía perpetua: Flaubert y Madame Bovary* (1975), dirá lo mismo que habían dicho otros sobre los ensayos de Vargas Llosa, y además agregará que lo que le resta la cientificidad propia de la crítica literaria es la intervención o participación del autor en el discurso crítico, descalificándolo como una crítica no académica. Para Morales la cronología (1972, 1982) es muy importante porque ésta le permitirá llevar a cabo sus interpretaciones y conclusiones finales. Morales llamará su tercera tesis la “homologación conceptual”; la sitúa en 1988 porque es la fecha de publicación del libro de Sara Castro-Klarén *Mario Vargas Llosa: análisis introductorio*, en donde la crítica peruana dedica un capítulo a los ensayos largos de Vargas Llosa publicados hasta ese momento. Para

Morales, esta tesis es la más importante porque le permitirá replantear la lectura de la ensayística de Vargas Llosa y “homologarla” con las propuestas teóricas de los teóricos mencionados anteriormente. A pesar de que Castro-Klarén coincide con Rama y Oviedo con respecto a la ensayística de Vargas Llosa, según Morales la crítica propone, aunque de manera tenue, una comparación de las ideas de Vargas Llosa sobre la literatura con las del teórico ruso M. M. Bajtín. De acuerdo con Morales, esta lectura “provocativa” de Castro-Klarén no ha tenido seguidores, aunque ha habido otros críticos como Castañeda Belén en un artículo de 1990, y el crítico estadounidense Raymond L. Williams en su libro *Vargas Llosa: otra historia de un deicidio* (2002), que han interpretado los ensayos de Vargas Llosa en esa misma dirección, aunque –agrega Morales– sin mucha fortuna, pues las tesis de Rama y Oviedo han prevalecido en la mayoría de los críticos que se han ocupado de los ensayos de Vargas Llosa. La prueba más fehaciente y más reciente sería el caso de Mabel Moraña en su libro *Arguedas/Vargas Llosa: dilemas y ensamblajes* (2013), que, según Morales, no sólo retoma estas ideas sino que las lleva al extremo en su estudio comparativo entre José María Arguedas y Vargas Llosa. Finalmente, hay que notar que Morales se alinea en varios momentos del libro con el crítico Efraín Kristal para explicar las razones por las que “cierta crítica latinoamericana” (41) no le ha dado la validez que merecen los ensayos de Vargas Llosa porque no le perdona “un conjunto de hechos”

(41) que tienen que ver con la persona y la ideología del intelectual y ciudadano Mario Vargas Llosa y su crítica al socialismo, que vendrían desde su ruptura con el régimen de Fidel Castro a inicios de la década del 70.

El segundo capítulo, de título “Marco teórico”, es el que uniría las propuestas de los dos primeros capítulos y serviría al autor para “crear su propio marco teórico” (71) a fin de sustentar su tesis de la “homologación conceptual” de los ensayos de Vargas Llosa con las teorías literarias del siglo XXI. Siguiendo con su intención progresiva temporalmente en la evolución de la crítica sobre los ensayos de Vargas Llosa y la teoría literaria del siglo XXI, se concentra en teóricos de la academia inglesa, francesa y estadounidense que teorizan sobre “El lugar de la literatura en el pensamiento teórico contemporáneo”. Estos son, como se ha mencionado al inicio, Eagleton (*El acontecimiento de la literatura*, 2013, y *Cómo leer literatura*, 2016), Rancière (*La palabra muda: ensayo sobre las contradicciones de la literatura*, 2009), Attridge (*La singularidad de la literatura*, 2011), Carey (*¿Para qué sirven las artes?*, 2007), y Todorov (*La literatura en peligro*, 2009). Las fechas y los títulos corresponden a las de las traducciones al español, que son las que Morales utiliza. El autor ha elegido estos textos teóricos porque lo conducirán “por los laberínticos corredores conceptuales... sobre la literatura: ¿Qué ideas, argumentos, imágenes o metáforas proveen las aproximaciones teóricas sobre la literatura?” (70), se pregunta, siguiendo con su idea de la evolución progresiva de la teoría. Al autor le

interesa lo producido en lo que va del siglo XXI, particularmente porque esos textos cuestionan las teorías estructuralistas y posestructuralistas y están abocadas a discutir la posteoría, y en ese sentido, Morales se enfoca principalmente en las propuestas de Attridge a quien cita extensa y profusamente, y en Eagleton.

El tercer capítulo da el título al libro y ahí el autor se concentrará en llevar a cabo la tercera tesis que había mencionado desde el primer capítulo, y que en el caso de Castro-Klarén era “solo una valiente provocación” (115), y que ni Castañeda ni Williams habrían llegado a concretar: la “homologación conceptual”, es decir, la equiparación de las ideas sobre la literatura que propone Mario Vargas Llosa en sus ensayos con las ideas sobre la literatura expuestas por los teóricos mencionados arriba. A esta semejanza el autor llama a lo largo del libro “aires de familia”.

Para desarrollar su tesis de la producción ensayística de Vargas Llosa, el autor selecciona siete ensayos de los más conocidos: “La literatura es fuego” (1967), “Literatura y exilio” (1968), “El arte de mentir” (1984), “La cultura de la libertad” (1985), “La literatura y la vida” (2001), “Literatura y política” (2003) y “Elogio de la lectura y la ficción” (2010). A partir de estos textos, Morales encuentra algunos temas comunes que serían característicos de la ensayística de Vargas Llosa: un componente dialógico, el suspenso narrativo, los biografemas, y lo que él llama personajes conceptuales. Morales argumenta que estas características particulares no ha-

bían sido tomadas en cuenta por los críticos de los años 70 y 80, y que, por el contrario, a los ensayos se les había exigido características que no son constitutivas del género: “tesis, hipótesis, demostración; apego irrestricto a un método, estilo argumentativo descriptivo impersonal, etc.” (116). Finalmente, Morales incluye el concepto de los *afeptos* que había venido anunciando desde el inicio del capítulo y había dejado en suspenso hasta que finalmente da su definición: “es decir, palabras que articulan la dimensión conceptual y afectiva de la obra” (142). Obviamente, este concepto está asociado al efecto que el ensayo tendría en el lector desde el punto de vista de la estética.

El libro de Morales es un libro complejo, no por el lenguaje pretendidamente teórico, sino por las propuestas, el estilo repetitivo, sinuoso y, en muchos casos, contradictorio.

Morales dedica el primer capítulo, y el más extenso, a discutir las lecturas que Ángel Rama y José Miguel Oviedo hicieron de los primeros ensayos de Mario Vargas Llosa y concluye que son lecturas equivocadas principalmente porque son lecturas ideológicas. Esto le dará pie para decir en el tercer capítulo que estos críticos buscaban en los ensayos de Vargas Llosa características que no pertenecían a este género literario. Es importante notar este gran desfase porque las críticas de Rama se referían al libro sobre García Márquez de 1971, y en el caso de Oviedo tanto al libro sobre García Márquez como al dedicado a Flaubert de 1975. Entonces es problemático equiparar esas críticas con las características de los

siete ensayos, realmente discursos, que ha elegido Morales para su estudio, pues todos ellos son muchísimo más cortos y tenían diferentes propósitos. Como es sabido, las 667 páginas de *García Márquez: historia de un deicidio* fue la tesis que Vargas Llosa presentó para obtener el grado de doctor en la Universidad Complutense de Madrid, y por eso la mayoría de la crítica académica, entre ellos, Rama y Oviedo, señalaron la falta de un aparato teórico y crítico acorde con lo que el libro representaba, y subrayaban también el componente autobiográfico del mismo. Era lógico que a un libro que había servido al novelista para obtener el más alto grado académico que brinda el sistema universitario occidental se le exigiera cierto rigor. Por otro lado, no fueron Rama y Oviedo, o la crítica en general, los que llamaron a este libro “ensayo” como una forma de menosprecio y para rebajarle el verdadero valor de crítica literaria que supuestamente tenía, pues, así lo había calificado el propio Vargas Llosa en la contrapata de su libro cuando escribe “El propósito de este ensayo...”. Toda crítica es ideológica, pero equiparar a Rama, Oviedo y Castro-Klarén es un despropósito, sobre todo porque Oviedo no solo es amigo de Vargas Llosa desde su niñez, ha acompañado y promovido a Vargas Llosa en muchos momentos, y fue el primero que dedicó un libro monográfico a la vida y la obra de Vargas Llosa. Pero Oviedo es un académico que en varios casos ha dicho sobre la obra de Vargas Llosa lo que tenía que decir sin considerar su relación personal. Quizá hubiese sido útil para Morales consultar del mismo

Oviedo su libro *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1990) y su *Dossier Vargas Llosa* (2007). Tampoco es exacto acusar a Rama de iniciar una polémica con Vargas Llosa sobre el libro de García Márquez, y en este caso no es necesario tener acceso a las entregas de esa polémica que se inicia en mayo de 1972 en la revista *Marcha* que dirigía Rama. Bastaría con leer con criterio *García Márquez y la problemática de la novela*, el volumen en que se reunieron las intervenciones de ambos autores publicado a fines de 1973. Es claro que no era la intención de Rama escribir una reseña que evaluara todo el contenido del libro, sino escribir una nota corta que tituló “Demonio vade retro” sólo para comentar el concepto de “demonios” que Vargas Llosa usaba no sólo para explicar la narrativa de García Márquez y la suya, sino de la literatura en general, y que para Rama era un concepto que venía del romanticismo. Fue Vargas Llosa quien, rompiendo su “convicción de que los libros deben defenderse solos” (13), decidió entablar una polémica con el crítico uruguayo. Quién ganó la polémica, o por qué Vargas Llosa decidió polemizar, es algo que no corresponde a esta reseña, pero hay que recalcar que ninguno de ellos era ajeno a este ejercicio; por el contrario, es sabido que polemizar es algo que Vargas Llosa ha practicado desde muy joven, y en la misma revista *Marcha*, en 1969, había mantenido una polémica con Óscar Collazos en la que también intervino Julio Cortázar, y que se publicó en un pequeño volumen como *Literatura en la revolución y revolución en la literatura* (1970). En esa oportunidad

su intervención se titulaba “Luzbel, Europa, y otras conspiraciones”; o sea que para mayo de 1972 el tema del demonio o demonios no era nuevo para Vargas Llosa.

Al parecer la cronología y las fechas son muy importantes para la argumentación de la evolución de la crítica sobre los ensayos de Vargas Llosa y de la crítica o teoría literaria en general. Sin embargo, este interés o método en varios momentos traiciona al crítico porque las fechas que da no son exactas, y son fácilmente comprobables, y esto va en contra de su argumentación. Especialmente en el primer capítulo en que las fechas son tan importantes cuando afirma que la crítica de Oviedo es diez años posterior a la de Rama y cita la edición del libro de Oviedo de 1982, por alguna razón no menciona las ediciones de 1970, ni la segunda de 1977. Y si bien en la edición de 1970, Oviedo, por obvias razones, no incluye un capítulo sobre los ensayos de Vargas Llosa, sí lo hace en la edición de 1977, aunque en la edición de 1982 hace revisiones, pero en general el contenido es el mismo de la edición anterior. Además, esta no era la primera vez que Oviedo escribía sobre el libro que Vargas Llosa había dedicado a García Márquez, pues, como era lógico, siendo el especialista más importante en la obra de Vargas Llosa en ese momento, en el número de marzo-abril de 1972 de la revista colombiana *Eco* publica una nota-reseña sobre este libro titulada “La crítica como confesión de parte”, que servirá de base para el capítulo sobre los ensayos de Vargas Llosa en la edición de su libro de 1977 y de la revisada de 1982.

Esto descalifica la idea de la persistencia en leer los ensayos de Vargas Llosa de cierta manera a través de los años, pues en verdad tanto la crítica de Rama como la de Oviedo son del mismo año 1972. Se podría mencionar muchas inconsistencias como estas que verdaderamente entran en conflicto con las tesis propuestas.

Finalmente, las conclusiones que el autor saca de la lectura del capítulo 5 del libro de Castro-Klarén titulado “El novelista como lector” son problemáticas. Morales concluye que Castro-Klarén, “aunque tímidamente”, está proponiendo leer los ensayos de Vargas Llosa como equivalente de las teorías de Bajtin. Comentar esto es importante porque esta idea que el autor extrae de su lectura, muy particular, del capítulo de Castro-Klarén le va a servir de apoyatura para la tesis central de su libro que se propone llevar a cabo en el tercer y último capítulo. Castro-Klarén, además de coincidir con Rama y Oviedo en los temas ya mencionados sobre *García Márquez: historia de un deicidio*, dice de paso en su libro de 1988 que algunas de las ideas sobre la novela propuestas por Vargas Llosa se asemejan a las del crítico ruso propuestas en *The Dialogic Imagination* (85). Sin embargo, no desarrolla esta idea porque solo la toma como una coincidencia. Al igual que Oviedo, esta académica también, en su momento, había escrito una reseña en inglés sobre el libro de Vargas Llosa que apareció en el número de otoño de 1972 de la revista *Latin American Literary Review*. Morales podría haber propuesto la idea de estudiar los ensayos de Vargas Llosa y compararlos con la

teoría literaria actual sin utilizar a Castro-Klarén, y quizá hubiese sido algo original, pero, probablemente usar las ideas de una reconocida especialista en Vargas Llosa le daba más autoridad. Además, el incluirla compaginaba con su cronología progresiva sobre los ensayos de Vargas Llosa, es decir, Rama: 1972, Oviedo: 1982, Castro-Klarén: 1988, Belén Castañeda: 1990, Raymond L. Williams: 2002, etc. El mismo problema de las fechas tiene el libro de Williams de 2002, que es una versión rehecha y puesta al día, y en español, de su libro en inglés *Mario Vargas Llosa* de 1986.

El capítulo 2 es el más problemático porque aunque se presenta como la teoría que sustentará la tesis final, el lector se pregunta qué tan pertinente es dedicar un capítulo completo de 38 páginas a resumir las ideas sobre la literatura por teóricos franceses e ingleses, en una época que se proclama la posteoría, para finalmente sólo analizar siete ensayos de Vargas Llosa. El mismo problema de las fechas se da en este capítulo porque al crítico peruano le interesa especialmente la producción teórica del siglo XXI porque sería la más apropiada para ser comparada con las ideas de Vargas Llosa sobre la literatura, pues al ser contrastada con la teoría y crítica estructuralista y postestructuralista del siglo XX no le había sido favorable. Por otro lado, las propuestas teóricas sobre la literatura, el papel del lector, y la reacción del lector sobre la literatura, y la supervivencia del concepto de autor no son nuevas, pues el mismo Attridge –tan citado– las ha venido discutiendo desde muchos años

antes en sus estudios sobre Jacques Derrida, y especialmente en su libro *Peculiar Language: Literature as Difference from the Renaissance to James Joyce*, de 1988. Lo mismo se podría decir sobre la teoría de la lectura propuesta por Attridge, tan importante y tan siglo XXI para Morales, pero el mismo Attridge afirma en *The Singularity of Literature* (2004) que “A writer who has elaborated a theory of reading which some similarities to mine is Wolfgang Iser” (144). Attridge se refiere a *The Implied Reader* (1974) y *Acts of Reading* (1978). Lo mismo se puede decir de Eagleton. Pero lo que debe quedar claro es que Morales está tomando y promoviendo como ideas nuevas y del siglo XXI algunos planteamientos que se discutieron ampliamente en el siglo pasado.

El tercer y último capítulo del libro podría haber sido la contribución verdadera de este volumen si se hubiera limitado a analizar las características que Morales encuentra en esos siete discursos que ha seleccionado de la abundante y variada producción ensayística de Vargas Llosa. Pero el problema está en que Morales extrae conclusiones generales sobre la ensayística de Vargas Llosa. Considerando que la producción ensayística del célebre novelista es abundante y que sus ensayos se pueden contar por cientos, y que no solo cubren temas literarios, sino políticos, sociales, y de actualidad en un espacio de más de cincuenta años de producción, siete ensayos es una muestra minúscula para sacar conclusiones tan generales. El estilo de este capítulo es muy inseguro y le falta convicción en sus afirmaciones, pues el concep-

to de “aires de familia”, tomado de Wittgenstein, que es punto central de su tesis, no queda ni bien explicado ni es convincente. El autor se contradice continuamente desde un principio cuando dice que su idea de “homologación conceptual” en Castro-Klarén solo es “una valiente provocación”, en Williams “esta tesis aparece y desaparece intermitente y fragmentariamente” (115), pero no hay forma de explicar mejor cómo el autor casi al final de este capítulo va en contra de sus propias argumentaciones sobre el valor del ensayo vargasllosiano sino con una larga cita de su libro: “El lector acostumbrado a la argumentación teórica y al señalamiento preciso de los principales referentes de las ideas que se presentan puede objetar con razón que se trata de una postura que no dialoga con las fuentes críticas que existen respecto al tema de la literatura y la sociedad, por tanto, carece de sólida argumentación y, por defecto, no logra ingresar como insumo argumentativo al mercado de los valores conceptuales. En parte, el juicio puede tener asidero, pero más que por debilidad argumental, por falta de diálogo con la tradición teórica sobre el tema. *No obstante, nos permitimos recordar que el registro desde el que se enuncian estas ideas sobre la literatura es el ensayístico, y el lenguaje elegido para tal fin es el afeptivo, esto es, uno que combina lo sensible con lo conceptual, uno que no tiene pretensión universal ni rango de ley... un lenguaje no hipotecado a ninguna tecnología expresiva*” (147, subrayado nuestro).

Es cierto que hacen falta estudios monográficos que examinen la ensayística de Vargas Llosa en su amplitud y complejidad, pero no es tan

cierto que no se le haya prestado atención. Por el contrario, cada vez que el novelista publica ensayos la crítica ha estado atenta a comentarlos y evaluarlos. Que algunas de esas críticas no le hayan sido favorables, por muchos motivos, es otra cosa. El mismo Morales ofrece una sección de seis páginas de bibliografía sobre la ensayística de Vargas Llosa que incluye muchos críticos y académicos peruanos que han escrito sobre los ensayos más actuales, pero estos no han sido tomados en cuenta. Lo mismo podría decirse de la larga lista bibliográfica sobre teoría y crítica literaria general, y sobre el ensayo, en particular.

Morales Mena informa que este libro ha sido su tesis para optar el grado de maestría en Perú, y que elabora un trabajo más extenso sobre el mismo tema. Ojalá en su próxima entrega tome en cuenta que el “instrumentalismo” que Attridge cuestiona en la crítica literaria y de lo cual Morales hace eco porque usa un texto para para obtener una interpretación establecida de antemano, por lógica, no solo se aplica a las críticas marxistas o de la izquierda ideológica, sino a cualquier interpretación o análisis. En la academia cualquier nueva interpretación o revisión para corregir, refutar errores de hermenéutica, o para desmantelar una crítica que se cree equivocada o que requiere de una puesta al día siempre es bienvenida; en realidad, es necesaria, pero las nuevas interpretaciones o nuevas propuestas deben venir sustentadas por una investigación exhaustiva.

Christian Fernández
Louisiana State University